

acabado de la Oratoria, confirmando entonces el Senado su anterior decreto, en virtud del cual le había adjudicado la referida *Corona de oro*, á propuestas de Clesifonte, en premio del acierto con que desempeñó el encargo de pronunciar la oracion fúnebre de los griegos muertos en dicha batalla. Esquines, viéndose derrotado en una lucha provocada injustamente por él, se marchó á Rodas, en donde abrió una cathedra de elocuencia, en la que un dia, segun se cuenta, sus discípulos le aplaudieron calurosamente al oírle la oracion fúnebre que pronunció en el referido certámen de la *Corona*; pero que, habiéndoles leído después la de Demóstenes, los aplausos fueron aún mucho más frecuentes y nutridos; y entonces les dijo, en estos ó parecidos términos: Si esto pasa por vosotros al oírme este discurso, ¿cuál hubiera sido vuestro entusiasmo si hubiéseis oído al *monstruo*?

Por otra parte Demóstenes era conciso, rápido y nervioso en el estilo, profundo en los pensamientos, teatral y vehemente en la recitacion y al mismo tiempo feliz cual ninguno para llevar al corazon de los oyentes todos los afectos de que su espíritu estaba poseido; así es que en sus discursos atendia siempre más al fondo que á la forma. En efecto, unas veces excitaba la indignacion, el odio y el desprecio para con los traidores; otras la gratitud, el respeto y la veneracion hácia los héroes que supieron morir en defensa de la patria; ya infundia el terror y el espanto en sus adversarios con los rayos más admirables y oportunos de su ingenio oratorio, haciendo recaer sobre ellos la noble y justa venganza de los atenienses; ya, en fin, entusiasmando al pueblo, conseguia levantarle en armas para lanzarse contra Filipo, rey de Macedonia, el cual tuvo en Demóstenes un rival tan poderoso que, segun decia el mismo Filipo, le temia en la tribuna mucho más que á un ejército formado en batalla; porque con su tenaz oposicion y más que todo con su arrebatadora elocuencia, la cual ha sido comparada con justicia á un torrente impetuoso que arrolla cnantos obstáculos encuentra en su veloz carrera, desbarató muchas veces los planes que tenia dispuestos para conquistar la Grecia.

Por último, habiendo accedido á las repetidas instancias de sus conciudadanos para que se pusiese al frente del gobierno, los sacó de la indolencia y apatia en que se hallaban; pero al fin manchó todos los laureles que como orador habia conquistado, huyendo cobardemente en Queronea en lo más recio del combate, y envenenándose además, para no caer en manos de Antípater, general y primer ministro de Filipo, y después Gobernador de la Grecia y de la Macedonia. Con la muerte de Demóstenes se eclipsó la elocuencia griega, volviendo á caer en aquella languidez introducida por los sofistas; pero algo más tarde aparecieron otros oradores, descollando entre todos Demetrio Faléreo, natural de